



## QUINTA PARTE

### CAPITULO I

#### Nuevos proyectos

Aunque Duval manifestó delante de Núñez una tranquilidad inalterable y se alejó de él con aire triunfante, la calma y el aspecto de serenidad eran aparentes.

Conocía el valor, el talento, la honradez y la amistad de aquel joven hacia Leopoldo, y cualidades eran éstas que si al principio se detendrían ante la amenaza que le había hecho de asesinar al amante de Inés, hallarían al fin la manera de descubrir todos sus crímenes y de entregarle al brazo inexorable de la justicia.

Este pensamiento le estremeció.

Duval conoció que podría detener por algunos días el golpe que le amenazaba; pero que éste caería sobre su cabeza tan pronto como Núñez hallase el modo de delatarlo, sin temer ya la amenaza que le había hecho enmudecer.

Duval, preocupado con esta terrible idea que le hacía temblar, caminaba rápidamente hacia su casa, maldiciendo el instante en que se dirigió a la plazuela de San Lázaro.

—¡Oh! ¡Estoy perdido! —pensaba interiormente.— ¡Todos mis planes, todos mis proyectos, todas mis esperanzas, han venido en un instante a tierra con el encuentro de ese mendigo! ¡Temiendo que me delatase don Felipe como monedero falso, he mandado asesinarlo, y ahora me encuentro con que esta sangre derramada ha sido estéril, porque me queda un enemigo más temible que puede hacerme conducir al patíbulo, a la menor palabra que pronuncie!

Y Duval se estremeció.

La idea de una muerte afrentosa se fijó en su mente, y la sangre se le coaguló en las venas.

Pálido y casi sin aliento, prosiguió su camino, buscando el medio de conjugar el inminente peligro que le amenazaba.

Dominado por el miedo y el terror, y fija su mente en un pensamiento, no advirtió que había extraviado el rumbo de su casa, y que había tomado otro muy distinto.

Así marchó por un gran rato, hasta que, notando lo mucho que tardaba en llegar, fijó la atención en la calle que cruzaba, y se encontró con que se había extraviado.

—¡Estoy en la calle donde vive el doctor! —dijo para sí con marcado placer—. ¡Oh! ¡El cielo ha guiado mis pasos, sin duda, para presentar el remedio a mi aflicción! Si, como espero, me ha librado ya a esta hora del hombre que era dueño de mi secreto esta misma noche, ¿por qué no me ha de salvar del que lo es en este instante del mayor de todos? Sí; él me salvará.

Y animado con esta reflexión, que le volvió todo el valor que poco antes le había abandonado, avanzó unos cuantos pasos, llegó a una casa de agradable apariencia, llamó a la puerta, que le abrieron apenas fué reconocido por el portero; preguntó a éste por Willey, y al oír que acababa de llegar, subió en dos saltos la escalera y penetró en la habitación.

—¿Viene usted a saber el resultado de mi empresa? —le preguntó Willey en voz baja; y luego, tomándole de un brazo y conduciéndolo a un extremo de la pieza, le dijo al oído—: ¡Ha muerto!

En el semblante de Duval se retrató el placer de los reprobos, y apretó la mano al doctor, en señal de reconocimiento y gratitud.

—Veo que es usted un hombre de valor y de provecho... —le dijo volviéndole a apretar la mano.

—Gracias.

—¿Y nada se ha sospechado?

—Nada; todo se presentó a medida del deseo; y después de haberme vuelto tranquilo al baile, para que nadie notase mi ausencia, me he retirado a casa sin tropiezo alguno.

—Bien.

—¿Y usted ha ido a ver a nuestros aliados?

—Sí, por desgracia.

—¡Cómo, por desgracia! Pues qué, ¿ha ocurrido alguna novedad?

U. A. N. E.  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CAPITULO I ALFONSIANA

—Y muy sensible.

—¿Cuál?—preguntó alarmado Willey.

Duval, que jamás había confiado a Willey el secreto de las libranzas falsificadas, y que trataba de seguir guardando la misma reserva, temiendo que, si se le confiaba, le exigiese la mitad de su primer capital, en premio de no revelarlo, contestó después de meditar un instante:

—Que ha habido un hombre que ha seguido mis pasos y ha escuchado cuanto comuniqué a nuestros socios.

—¿Será posible!

—Sin duda. Lo sorprendí al abrir la puerta de la quinta; pero echó a huir al verme, y no pude darle alcance.

—Y ese hombre ¿quién era?

—Nuestro perseguidor.

—Su nombre.

—Núñez.

—¿El antiguo mendigo?

—El mismo.

—¡Oh! Ese hombre es nuestra sombra.

—Nuestro acusador.

—¡Estamos perdidos!

—Sí, perdidos; porque ha escuchado nuestros secretos y puede revelarlos.

—Y el primero a quien habrá contado cuanto ha oído será a Leopoldo.

—Sin duda alguna —exclamó Duval, tratando de dar cuerpo a los temores de Willey, para que así obrase, aunque en su interior pensaba convencido de que Núñez no se atrevería a revelar nada de lo que realmente había pasado.

—Nuestra situación es cada vez más comprometida.

—Es preciso ver de qué medios nos valemos para salir de ella.

—¡Oh! Tengo uno muy bueno—dijo Willey, después de meditar un instante.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Su muerte?

—No; pero que dará los mismos resultados.

—¿Cuál?

—Me consta que los jefes y oficiales de la guardia nacional, y muy particularmente los de los batallones de Hidalgo y Victoria, se reúnen con frecuencia en cierta casa, y conspiran para derrocar del poder a los hombres que empuñan las riendas del Estado, alentados con la esperanza de que el general Santa-Anna, que se halla en San Luis, a

la cabeza del ejército que se prepara a combatir a los norteamericanos, les dará su apoyo.

—Pero eso ¿qué tiene que ver con Núñez y Leopoldo?

—Tiene que ver que ambos son oficiales de esos cuerpos de nacionales, y que, por lo mismo, están comprendidos en el plan.

—¿Y piensa usted denunciarlos?

—Pienso saber el día en que se vuelvan a reunir, y cuando se encuentren juntos y con el plan en la mano, hacer que caiga una fuerza de policía sobre los conspiradores, que serán conducidos fuera del país.

—Excelente.

—Pero se me olvidaba que para esto es preciso que transcurra algún tiempo, y que antes seremos denunciados.

—No; si está usted cierto de que conspiran, y que pueden caer en poder del gobierno, yo tengo un medio de obligar a Núñez a que guarde silencio por ahora sobre lo que ha oído.

—¿Cuál?

—Le diré a usted lo que usted me contestó cuando le pregunté cuál era el medio de hacer recaer las sospechas de la muerte de Flan sobre Félix: «Ese es mi secreto».

—Está bien. Sólo deseo saber si es tan seguro como el mío.

—Segurísimo—contestó Duval, persuadido de que Núñez no se atrevería, al menos por algún tiempo, a revelar lo que había descubierto por temor de que fuese asesinado Ricardo, el amante de Inés.

—Siendo así, el golpe es infalible, y podremos deshacernos de dos enemigos sin necesidad de derramar sangre.

—Perfectamente.

—Los asesinatos siempre traen complicaciones.

—¡Cómo! Acaso el cometido en Flan...

—Ese no debe inspirarnos ningún temor, ha sido ejecutado con toda seguridad.

—Pero ¿quedó bien muerto?

—¡Oh! No cabe duda.

—Bien; me voy tranquilo.

—Con respecto a Leopoldo y Núñez, el éxito será también favorable.

—¿Y si fracasase el medio elegido?

—Entonces no faltará una ocasión propicia y un puñal del temple del de esta noche.

—¡Bravo! Es usted todo un hombre.

—Lo que soy es un bribón, como lo es usted, que se ve

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. L.

precisado a obrar así para no perder lo que ha ganado. Duval le tendió la mano sonriendo, y dijo estrechándose:

—Adiós, amigo mío.

—Adiós, señor Duval.

Y éste último salió a la calle y se dirigió a su casa, halagado con la idea de triunfar bien pronto de Núñez y Leopoldo, mientras Willey, sin acordarse del crimen que acababa de cometer ni de la sangre que había vertido, se metía en la cama tranquilamente, pensando en la manera de vencer la esquivéz de las mujeres que le negaban su amor.

## CAPITULO II

### Las declaraciones

Volvamos por un momento a ocuparnos del asesinato cometido en la persona de don Felipe Flan.

Lo primero que hizo la justicia al penetrar en la casa, fué colocar centinelas en la puerta de la calle, para que a ninguno se le permitiese salir.

El juez, seguido de un escribano y de varios agentes de policía, se dirigió a la alcoba del desgraciado Flan, que estaba muerto en su lecho y rodeado de Soledad, de Félix y de todos los criados de la casa.

El juez, después de informarse del suceso, ordenó que a todos los que habían estado dentro del edificio cuando se consumó el crimen, los separasen y los llevasen a distintos cuartos, para irlos llamando uno a uno y hacer la correspondiente averiguación.

El primero a quien hizo comparecer fué al portero.

—¿Ha abierto usted hoy la puerta a alguna persona que no haya vuelto a salir?—le preguntó el juez, examinándolo atentamente.

—No, señor; todas cuantas han entrado a distintos negocios, han salido, sin que me quepa la menor duda de ello.

—¿Y no ha sido usted sorprendido por alguno que haya penetrado a deshora de la noche?

—No, señor.

—¿Desde qué hora dejó usted de abrir la puerta?

—Desde las nueve.

—¿Y ésta estaba cerrada con llave?

—No, señor; estaba, como era de costumbre, entornada únicamente, hasta poco después de esa hora.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que nadie entró?

—Porque mi cuarto está al llegar al patio, y nadie puede subir la escalera sin que yo lo vea.

—Pero la puerta para entrar al almacén está antes que el cuarto de usted, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y no cree usted que el asesino haya podido penetrar en el almacén sin que usted lo viese?

—Puede ser muy bien. Pero el señor Flan fué asesinado en su alcoba, y puedo jurar que ninguna persona extraña subió la escalera, al menos, hasta que me acosté.

—¿Y no cree usted que el asesino pudo quedarse escondido en el almacén, y salir cuando todos estaban descansando, y subir entonces para cometer su crimen?

—No, señor...

—¿Por qué?

—Porque como el señor Flan tenía de costumbre, se registró el almacén antes de cerrarlo, para ver si alguien se quedaba dentro.

—¿Y nadie estaba?

—Nadie.

—¿Y a qué hora ha tenido lugar el asesinato?

—A las doce.

—¿Y no oyó usted ruido ninguno antes?

—Sólo sentí los pasos de don Félix cuando acudió a ver lo que había sucedido.

—¿Y quién es ese don Félix?

—El dependiente principal.

—¿Y cómo supo usted que era don Félix el que se dirigía a la alcoba?

—Porque al ruido de los pasos salí.

—¿Es decir, que hasta entonces no había usted oído nada?

—No, señor; absolutamente nada.

—¿Ni grito alguno?

—No, señor.

—¿No sabe usted si entre don Félix y don Felipe había mediado algún disgusto?

—Todo lo contrario; porque yo los vi salir del almacén como dos buenos amigos.

—¿Y no cree usted que por la azotea haya penetrado el asesino?

—Eso es imposible; allí está el perro que habría devo-

U. A. N. E.  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 CAPITULO I ALFONSO

rado al que se hubiera atrevido a saltar a ella, o, cuando menos, sus ladridos nos hubieran anunciado el peligro.

—¿Y está usted seguro de que el perro estaba en la azotea en ese instante?

—Segurísimo; como que fué al primero que traté de ver después del suceso. Sin embargo, puede usted enviar a alguno de sus ayudantes para que se cerciore.

—Está bien.

El juez envió a uno de policía a que viese si era cierto lo que el portero decía; y poco después volvió, asegurando lo dicho por el interrogado.

El juez continuó:

—¿A qué hora se retiró del almacén su amo de usted?

—Poco antes de las doce.

—¿Quién estuvo con él?

—Don Félix.

—Y cuando se retiraron, ¿los vió usted separarse?

—No, señor; porque don Félix subió con él hasta su cuarto.

—¿Y entró en la alcoba?

—Lo ignoro; porque los vi que estaban hablando al entrar, y yo cerré mi puerta para acostarme antes de que se separasen.

—Está bien; lleven ustedes a ese hombre al cuarto en que ha estado, impidiendo que se comunique con nadie, hasta terminar las declaraciones.

El portero salió, y el juez hizo comparecer uno a uno a todos los criados, que respondieron acordes con lo que había dicho el primero.

Retirados del sitio del interrogatorio, Soledad se presentó a dar su declaración, cubierta de lágrimas, triste y abatida llevando en su hermoso rostro pintado el más intenso dolor.

El juez se levantó del asiento que ocupaba, le presentó una silla, y le suplicó que se sentase.

—Señorita, siento verme obligado a renovar su dolor con las preguntas que en cumplimiento de mi ministerio estoy en el imprescindible deber de dirigirla.

—Mil gracias.

—¿Cuál es el nombre de usted?

—Soledad...

—¿Qué era de usted el señor Flan?

—Mi protector, mi bienhechor, el que me atendía con todo el cariño de un padre.

—¿Es decir, que no le unía con usted parentesco ninguno?

—Ninguno más que el que une al hombre generoso con todos los desgraciados... ¡el de la caridad!

—Esa virtud habrá encontrado ya su justa recompensa. Pero yo me contraía en mi pregunta a parentesco de sangre.

—El señor Flan no tenía familia: era enteramente solo; apreciaba a don Félix como se aprecia a un amigo, a un hermano, y quiso recompensar sus servicios, llevándome a su casa, evitándole así que siguiese sacrificándose, como hasta allí, para atender a mis necesidades.

—¿Pues qué es usted de ese don Félix?

—Su prima..., su desdichada prima, encomendada a su cuidado al quedar sola en el mundo.

—¿Y nunca le oyó usted a su primo expresarse mal de don Felipe, por alguna injusticia que hubiese cometido contra él?

—Jamás: todo lo contrario. De sus labios no salían más que palabras de cariño y de gratitud a su deferencia y bondades.

—¿A qué hora se retiró esta noche el señor Flan a su cuarto?

—Lo ignoro: yo me recogí a las diez, y sólo he despertado a los gritos de los criados.

—¿Es decir, que usted nada había visto ni oído antes?

—Absolutamente nada.

—Está muy bien; puede usted retirarse a sus habitaciones, señorita; y la suplico a usted me disimule el haberme visto precisado a molestarla.

Soledad, agobiada por la pena, y enjugándose el llanto que le arrancaba el dolor, se dirigió a su alcoba, dejando conmovidos a cuantos le habían escuchado.

—¡Pobre joven! —exclamó el juez compadecido—. Mucho temo que al sentimiento de la pérdida de su bienhechor, tenga que agregar, dentro de breves días, la de su primo.

—¿Cómo! —dijo el escribano—; ¿sospecha usted de él?

—Por desgracia las declaraciones hacen recaer sobre él las sospechas. Todos los criados convienen en que los primeros pasos que oyeron pertenecieron a Félix, quien les llamó presentándose a ellos manchado de sangre; en que nadie forzó la puerta ni pudo entrar por la azotea, pues hubiera ladrado el perro que en ella estaba; y por último, en que lo acompañó hasta su alcoba poco antes de que se cometiese el crimen.

—En efecto; las apariencias lo acusan.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. L. I.  
 CATEDRA ALFONSO X

El juez mandó que lo llamasen, y a poco se presentó Félix, pálido y triste, con aire franco a la vez que doliente, revelando en su porte y apacible semblante, los hidalgos sentimientos de un alma generosa.

El juez lo miró atentamente, y no pudo descubrir en su dulce fisonomía ninguno de esos rasgos que denuncian al hombre que ha cometido un crimen.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó con amabilidad el juez.

—Félix Huerta.

—¿Han entrado algunas personas hoy a ver al señor Flan?

—Muchas.

—¿Y no sospecha usted si entre ellas podía tener algún enemigo?

—No, señor; mi principal era un hombre cuyo noble corazón, sólo había sabido granjearse el aprecio general.

—Y sin embargo, ha sido asesinado.

—Lo que prueba que alguno, lejos de ser amigo, lo aborrecía de muerte.

—¿Es verdad!

—¡Oh! ¡parece increíble!

—¿Y no sospecha usted de nadie?

—De nadie.

—¿Hasta qué hora estuvo usted esta noche con su principal?

—Hasta cerca de las doce.

—¿Subió solo a su cuarto?

—No, señor; le acompañé yo.

—¿Y se quedó usted con él?

—No, señor; me retiré al mío para arreglar algunas cuentas.

—¿Y quién le dió a usted aviso de la fatal desgracia que acababa de tener lugar en su alcoba?

—El grito desgarrador de muerte que sin duda lanzó al sentir en su pecho el hierro homicida.

—¿Es decir, que usted fué el primero que penetró en el sitio del crimen?

—El primero.

—¿Y antes no había usted escuchado pasos o ruido de alguna persona?

—No, señor.

—¿Y no cree usted que por la azotea haya podido penetrar el asesino?

—¡Imposible! El perro que la cuida es feroz, y sus ladridos nos hubieran avisado del peligro. Más bien temo que

por la puerta de la calle, en algún descuido del portero se haya deslizado el criminal, se ocultase en la alcoba de don Felipe, y al verle entregado al sueño, cometiese el vil asesinato.

—El portero asegura que nadie subió.

—Tal vez no lo vería.

—¿Ha notado usted alguna vez poca vigilancia en él?

—Nunca ha dado motivo para reprenderlo.

—¿No es cierto que ustedes registraron el almacén antes de subir?

—Sí, señor.

—¿Y encontraron ustedes algo?

—Nada; pero tal vez pudo el asesino ocultarse debajo del banco en que se sienta el portero, y que está en la entrada del patio.

—Pero eso no ha podido ser; desde el momento de la desgracia, ninguno más que el criado que fué a dar parte del fatal acontecimiento, ha salido por la puerta del zaguán; que no lo haya podido verificar por la azotea, se desprende de que el mastín ha permanecido en el mayor silencio, y que no puede ser otro que alguno de los que habitan la casa, se deduce de que a persona alguna extraña se ha encontrado en ella, a pesar de haberla registrado toda escrupulosamente.

—¿Cómo! —exclamó don Félix asombrado—. ¿Podría usted creer que alguno de sus servidores haya sido tan infame que arrancase la vida al hombre que les colmaba de favores y de distinciones?

—Sí, don Félix.

—¡Oh! ¡no lo crea usted! Todos los que estaban bajo sus órdenes, hubieran dado gustosos por él la vida.

—Y lo peor es que la persona sobre quien recaen las sospechas, después de oídas todas las declaraciones, es...

—¿Quién?

—Usted.

Don Félix sintió congelarse la sangre en sus venas.

Aquella palabra fué para él como el golpe de un rayo, y cayó, sin poderse tener, sobre una silla que estaba a su lado.

La sorpresa había sido tan inesperada y fuerte, que el corazón se le oprimió dentro del pecho hasta privarle de la respiración.

Sus ojos se velaron con el dolor; su rostro palideció horriblemente; sus miembros se estremecieron sin acertar a proferir palabra.

Aquella acusación era espantosa para un hombre que abrigaba los sentimientos más tiernos y generosos, y el peso de ella le abrumó de tal manera, que por un instante permaneció sin poder recoger ninguna idea.

El juez esperó a que recobrase un poco su calma y serenidad.

El dolor del interrogado tenía tales visos de profundo y de sincero, que le afectó sobremanera.

En los muchos años que llevaba de administrar justicia, nunca había visto presentarse al crimen respirando candor e inocencia.

Inclinado, pues, a creerle limpio de la mancha con que las circunstancias le hacían aparecer, aguardó a que volviese de su anonadamiento; y cuando vió que la sorpresa cedía su lugar a la reflexión, volvió a decirle:

—Sí, don Félix; por sensible que le sea a usted escucharlo, y a mí decirlo, pues me parece que bajo el exterior noble que distingue a usted, no puede ocultarse un alma ingrata y páfida, las apariencias le acusan a usted, bien a mi pesar.

—¡A mí! ¡A mí, que lo amaba como un hijo a su padre..., con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis potencias, y que hubiera preferido mi muerte a la suya! —exclamó el desdichado Félix vertiendo un raudal de lágrimas arrancadas por el sentimiento—. ¡Ah, señor juez!; ¡el tacto que debe haberle dado a usted la práctica y su talento para distinguir al criminal del inocente, le debe indicar a usted que yo soy incapaz de haberme manchado con la sangre del mejor, del más generoso de los hombres!

—Le repito a usted que estoy convencido de la inocencia de usted; pero mi deber me impone la triste obligación de obrar con respecto a las pruebas, y éstas están declarando hasta ahora contra usted.

—¡Dios mío, Dios mío!

—Tenga usted, pues, la bondad de seguir contestando a mis preguntas.

—Lo haré con la sinceridad que reclama la conciencia.

—¿Cómo es que están su mano derecha y parte de su ropa manchadas de sangre?

—Porque al penetrar en el cuarto no pude persuadirme de que estaba muerto don Felipe; lo abracé para ver si respiraba, y le arranqué el puñal que el asesino dejó enterrado en su corazón.

—¿Y dónde está ese puñal?

—Lo arrojé al suelo horrorizado.

—En efecto —dijo uno de los agentes de policía levantando un puñal que estaba en el suelo—. Aquí está el arma ensangrentada.

—Démela usted.

El juez tomó el hierro homicida y lo empezó a mirar por todas partes.

De repente hizo un movimiento de sorpresa, y fijando en Félix con severidad los ojos, le dijo:

—Veo, don Félix, que tiene usted el talento necesario para engañar la experiencia del más envejecido en juzgar a los delincuentes.

—No comprendo lo que usted quiere decirme, señor juez.

—¿Conoce usted este puñal?

—No, señor; el puñal es arma que me horroriza y que jamás he llevado.

—¿Es decir que sostiene usted no conocer esta daga?

—Sí, señor; no la conozco.

—Y, sin embargo, debía usted conocerla perfectamente.

—¡Conocerla yo! ¿Y por qué?

—Porque lleva vuestro nombre.

—¡Mi nombre!

—¿No se llama usted don Félix Huerta?

—Sí, señor.

—Pues véalo usted aquí —dijo el juez, enseñándole la parte de la hoja en que estaba escrito aquel nombre—. ¿O conoce usted alguno de ese nombre y apellido que visitase a don Felipe?

—Ninguno.

—Aquí tiene usted otra circunstancia agravante, que da vehemente fuerza a las sospechas que militan contra usted.

—Pero el que deje de conocer algún Félix Huerta entre los que visitaban a mi desgraciado principal, no prueba que no haya un extraño que lleve ese nombre.

—Sin duda que sí; pero eso no hace al caso en este momento; éstas no son más que las primeras declaraciones, que sirven de base a la causa que se sustanciará; más tarde podrá usted exponer todas las razones que militen en su favor y prueben su inocencia. Por ahora suplico a usted que tenga la bondad de seguirme.

—¡Se me conduce a una prisión!—exclamó horrorizado el desdichado joven.

—Es mi deber.

—¡Oh! ¡Permítaseme al menos despedirme de mi afligida prima para pedirle de rodillas que no me crea criminal!

—Eso es imposible. Además, sería aumentar las penas que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 V. A. N. N.

la afligen, presentarse a sus ojos con el carácter de preso.  
—¡Es verdad! ¿Conque no hay remedio?

Y Félix, abrumado de dolor y de vergüenza, salió a la calle y fué conducido a la cárcel, en medio de las bayonetas de algunos soldados, y acompañado del juez que había tomado su declaración.

Por fortuna, las sombras de la noche envolvían la tierra, y la ciudad dormía tranquila, ahorrándole el rubor de que las gentes fijasen con maligna curiosidad los ojos en su avergonzado semblante.

Al pasar por la calle de Tacuba, fijó la vista en la casa número 3, y se enjugó algunas lágrimas arrancadas por el recuerdo de otros tiempos más tranquilos, pasados al lado de la hermosa Soledad, ¡que ahora quedaba triste y abandonada!

Abatido y sin consuelo, absorto en mil ideas a cual más desgarradoras, cruzó en línea recta las calles de Santa Clara, San Andrés, Mariscal y San Juan de Dios, sin poner cuidado hacia dónde caminaba.

De repente, después de haber torcido a la izquierda, entre la Alameda y San Diego, y dado vuelta a la derecha, con dirección al Paseo Nuevo, hizo alto la escolta frente a un vasto, lúgubre y sólido edificio.

Félix salió de su enajenación mental, y al fijar los ojos en el edificio que tenía delante, se estremeció de horror.

Era la «Acordada», la cárcel pública donde habitaban los criminales.

La pesada y elevada puerta giró sobre sus goznes con ruido espantoso.

Félix penetró en aquel fatal recinto, sobrecogido de terror.

Caminó otros cuantos pasos sobre las sucias losas de su lúgubre patio. Volvió a abrirse otra puerta con gruesas rejas.

Félix entró temblando.

La horrenda voz del carcelero, con quien había hablado el juez, pronunció su nombre, al mismo tiempo que, agarrándole de un brazo, lo empujaba hacia adentro. La puerta se cerró tras del inocente preso.

Un ruido horrible para él, de grillos y cadenas, hirió sus oídos. Aquello heló su sangre.

Tantas terribles emociones eran superiores a sus débiles fuerzas; y al verse allí, separado del mundo, sin amigos, abrumado con el peso del dolor y de la más injusta de las acusaciones, no vió más amparo que el del cielo, en su

tribulación, y cayó de rodillas pronunciando con ferviente ardor estas breves palabras:

—¡Dios mío; tú que ves la inocencia de mi corazón, no me abandones...! ¡Haz que resplandezca la verdad y que mi nombre no figure en el catálogo de los criminales...!

### CAPITULO III

#### El dependiente y el principal

¿Qué edificio es ese que, imponente y majestuoso, vasto y elegante, se levanta grandioso, coronado de almenas, entre una humilde iglesia católica y un vistoso camposanto?

¿Quién habita dentro de esas magníficas paredes llenas de elegante balconería, por donde entra a torrentes la luz, y acarician las embalsamadas auras de la feraz ribera de San Cosme y las suaves brisas del antediluviano bosque de Chapultepec?

¿Quién vive en ese admirable palacio, cuya espaciosa puerta de entrada se levanta como la de un alcázar de un príncipe oriental?

¿Habita en él algún distinguido personaje? ¿Algún ministro de Estado? ¿Algún embajador?

No; esas fastuosas personas no habitan junto a los retirados cementerios, que se avienen mal con su lujo deslumbrador y su mundana pompa.

Sus palacios se levantan en medio de los concurridos teatros, de los magníficos bazares, de los casinos, de los notables cafés y de los edificios destinados a las diversiones públicas. Sus balcones ostentan el rico y bordado cortinaje que denuncia la riqueza que poseen, las grandes rentas que disfrutan; sus puertas se ven llenas de orgullosos criados, vestidos de bordadas libreas, que no permiten penetrar sino a determinados personajes, cubiertos de títulos y de honores.

Empero, los balcones del edificio que nos ocupa, están muy lejos de ostentar esa grandeza deslumbradora ni ese lujo fascinador.

Desprovisto el edificio de toda gala exterior, apenas si se ve en ellos alguna humilde cortina de oscura lona, y en el ancho zaguán, tres o cuatro hombres de humilde traje, de rostros macilentos, cubiertas sus despeinadas cabezas con sombreros ordinarios, de inmensas alas, forrados de hule.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO  
D. A. N. Y.